



EL VICIO MÁS RENTABLE

En mi casa, no es que no hubiera libros, es que no había ningún libro. Ni fascículos, ni periódicos, ni novelas por entregas. Nada, ni una estantería. Por eso, la primera vez que tuve un libro en las manos fue como si poseyera el mundo. Se llamaba *Letras* y era todo él un festival. Libro misceláneo, con ilustraciones, que incluía cuentos, fábulas, poemas, canciones, y que combinaba diferentes tipos de letras: de la manuscrita a la cursiva y de la caligráfica a la inglesa. De la bastardilla a la gótica y a la redonda recargada, de títulos y mayúsculas curvilíneas que talmente parecían bordadas.

Mi madre consideraba el estudio como una dedicación absoluta. Leer libros que no fuesen los reglados era perder el tiempo, y el tiempo pertenecía totalmente al objetivo único de estudiar. Por eso, el día que descubrí la palabra mágica la utilicé como arma incontestable: ¡**LITERATURA!** Ser un libro de literatura o una obra de literatura. El título o la autora que “venían” en la enciclopedia o en mi libro de texto me concedía todas las bulas. Y así pude leer bastantes libros, siempre que fueran aptos para mi edad y siempre que no estuvieran prohibidos.

En vacaciones sí, en verano se alzaba totalmente la veda, y por las tardes yo leía en alta voz para las mujeres del cortijo, mientras ellas cosían. Leyendo en alto hice mi curso particular de entonación-declamación y leyendo leyendo aprendí ortografía y aprendí sintaxis: no había mejor aprendizaje que ver y leer lo escrito. Leyendo leyendo adiviné el significado de las palabras, que se deducía por el contexto. Leyendo leyendo recorrí el mundo. Leyendo leyendo descubrí el placer y viví la libertad. Y leyendo leyendo me zampé *Don Gil de las calzas verdes*, una de bandoleros, *Nada* de Carmen Laforet, *A orillas del Sar* de Rosalía, las *completas* de Federico... Y leyendo leyendo y más leyendo empecé a reunir mi biblioteca y pude alzarme hacia otros mundos: revividos, recordados o soñados.

Porque la memoria no es siempre recordar lo que ha sido. Los árboles son también seres vivos, algo humano, en su cercanía rememoramos no se sabe qué recóndita memoria genética o cuál otra onírica realidad alternativa. A veces, un grupo de rocas me llaman desde la ignota evocación de una antigua morada, cobijo o madriguera. ¿Con qué sentido percibimos el clamor que nos llega por el olfato, la vista, el oído...? ¿Por qué nos conmueve la poesía, esa aleación de música y palabra?

Y es que, a veces, el leer da en el escribir. Pues hay algo de extranjería y exilio que nos cerca, un hueco de dolor o de júbilo que no puede ser colmado sino con la palabra, la que intenta desentrañar el mundo. Cuando vi por primera vez a Pablo García Baena, autor de este año 2018, que nos dejó en enero pasado, avanzaba por el pasillo central de un salón lleno de público con varios libros en la mano. Pablo había leído y leía mucho, porque todo le interesaba. Y en su mesa de trabajo también había siempre libros, que unas veces traía el correo y otras releía de entre su biblioteca.

Porque releer es volver al placer, recorrer el trayecto de espacio-tiempo desde un yo que ya es otro. Leer: fascinación, embeleso. Objeto de deseo, refugio, vicio solitario.

Loado sea el libro.

JUANA CASTRO
Poeta

